

palacio de Palermo entre los ingleses, los liberales y su madre, era mas á propósito que otro cualquiera para hacer doblegar astutamente un poder vencido por una revolución; pero que meditaba reconquistar para sí por la astucia y la fuerza. Apartado de los negocios, ilustrado, estudioso, elocuente, hábil en adular á los partidos y en adormecerlos, su reputacion de liberalismo le hacia simpático al pueblo y al ejército; pero respetuoso en el fondo para con su padre y mas solícito de salvarle su corona que de tomarla prematuramente para sí mismo, el duque de Calabria era el negociador natural entre el trono y los constitucionales. Para calmar instantáneamente la impaciencia tumultuosa del pueblo que rodeaba el palacio, promulga la Constitucion de las Cortes de España, vociferada á falta de otra por los grupos. El pueblo satisfecho se apodera de la promesa, sin saber lo que contiene el texto de aquella constitucion, sabiendo solamente que en Madrid significa el triunfo sobre la corte, la humillacion del rey y la victoria de la libertad popular sobre el despotismo monárquico y sacerdotal.

## XXVIII.

Entretanto el general Pepe avanzaba sobre Nápoles á la cabeza del ejército, de las milicias y de los carbonarios de las provincias sublevadas. La revolucion lo habia proclamado su gefe, y debiendo este nombramiento mas bien á la casualidad que á las conjuraciones, era una feliz fortuna para el trono y para la revolucion simultáneamente. Era el Riego poderoso, pero involuntario y moderado de la Italia. Nacido en Calabria, de una raza militar de aquella provincia, la mas agrícola y belicosa del reino, vigésimo hijo de una familia rica y popular en aquellas montañas, educado en la sencillez y en la disci-

plina de esas costumbres rurales que forman á los labradores y á los soldados, aguerrido desde la infancia por aquellas disensiones intestinas de los partidos que luchaban á mano armada en las Calabrias desde la revolucion de 1794, habiendo entrado en el servicio con muchos hermanos suyos, distinguiéndose por su valor, ascendido de grado en grado por Murat en los campos de batalla de la Francia hasta el rango de general de division, fiel á aquel príncipe hasta que abdicó, acogido por Fernando, gobernador de provincia y comandante de un cuerpo de ejército desde la Restauracion; jóven todavía, de figura agradable á la multitud, con un nombre querido de los soldados, de opiniones liberales, aunque templadas por el honor, que daban á un mismo tiempo garantías á la libertad y á la corona, y servido por una insurreccion que le tomaba por gefe, sin haberle tenido por cómplice, el general Guglielmo Pepe se parecia á La Fayette, equilibrando el año 90 la república y la monarquía en sus manos, árbitro armado del rey y de la nacion. Empero, aun cuando habia sido el primero en tomar la responsabilidad de aquel papel de árbitro entre el ejército, el trono y el pueblo, el general Pepe era mas ambicioso de fama que ávido de dominacion sobre su soberano; pues no se habia captado la popularidad por halagar á la anarquía, ni arrancado al rey de su palacio para aprisionarlo en su capital, ni perseguido á la familia real fugitiva para traerla y entregarla á sus carceleros. Una fidelidad condicional á su rey, instituciones progresivas á su pais, la señal de la independencian italiana dada para emulacion y ejemplo á la peninsula, una dictadura breve y prontamente abdicada delante del príncipe y de las leyes; tales eran el instinto y el carácter del dictador.

El 7 de julio entró en Nápoles á la cabeza del ejército y de las milicias, despues de haberse concertado secretamente con el duque de Calabria. Su numeroso acompañamiento se asemejaba tanto á una sedicion disciplinada



como á un triunfo militar; detrás de los regimientos sublevados, mandados por Morelli y Conciliis, napolitanos, tribunos militares, saludados como sus libertadores por la capital, marchaban en orden millares de milicianos y carbonarios de las provincias. Sus chaquetones de paño burdo, sus sandalias de pastor, sus sombreros cónicos adornados con los colores de los carbonaristas, sus carabinas calabresas brillando al sol, sus pies empolvados, sus rostros tostados, belicosos y sombríos escitaban á la vez la admiracion y el terror de la muchedumbre diseminada por las largas playas de Nápoles, para asistir á esa invasion de una secta, salida de sus *Ventes*, de sus subterráneos, de sus rocas y de sus bosques para venir á triunfar sobre los templos y los palacios de una capital. El cura Menichini, montado en una mula de sus montañas, cubierto con las insignias del carbonarismo, avanzaba carabina en mano entre las milicias rurales. Todos los ojos buscaban y todas las manos aplaudian á aquel sacerdote salvaje, primer agente del movimiento de Nola. Un ejército de campesinos, frailes, pastores, marineros y bandidos de aquellas costas marchaba en pos de los gefes de las *Ventes* de sus provincias. Toda la ciudad se adornaba y engalanaba á su paso con los colores de la secta, unos por imitacion y otros por miedo. Un grito unánime de ¡*Viva el rey!* ¡*Viva la Constitucion!* salió del ejército, del mar y de la ciudad y llegó hasta los balcones empavesados del palacio real.

Despues de haber pasado revista á este doble ejército Pepe, Morelli, Conciliis, Menichini y el general napolitano se dirigieron al palacio para llevar al rey y al duque de Calabria el homenaje y la intimacion tácita de la revolucion representada por ellos. Recibiéndolos el duque de Calabria, adornado él tambien, como su corte, con las insignias de la causa triunfante. «Cuando he llegado al campo de los constitucionales, le dijo Pepe, la revolucion estaba consumada, y entonces solo pensé en dirigirla por

el doble interés del trono y de la patria. Los hombres armados que acaban de pasar delante de vuestros ojos, y los millares que han quedado en sus provincias ó han regresado á su país, no son rebeldes, sino súbditos; sus armas no amenazan al trono, sino que le sirven de apoyo. En cuanto á mí, suplico á V. A. y al rey que abrevien una situacion igualmente penosa á todos, convocando lo mas pronto posible la representacion nacional, y juro que entonces resignaré las altas funciones de que estoy investido con mas diligencia que he puesto hoy para aceptarlas.»

El duque de Calabria juró por su parte con un acento que el disimulo de las cortes italianas hacia sincero, que aspiraba tanto como el pueblo y el ejército á las instituciones constitucionales. «Vos, general Pepe, dijo al concluir, calmad las alarmas producidas por ese generoso sentimiento; ejerced resueltamente vuestra supremacia militar; los mismos generales, vuestros émulos, han aplaudido vuestra elevacion; vuestras acciones se han anticipado á la marcha lenta de los años. ¡Juro defender la Constitucion de las Cortes á costa de mi sangre!» Conducido desde allí á la presencia del anciano rey, enfermo, ó fingiéndose tal para aliviarse del peso de la corona, el general halló á Fernando en una cámara retirada del palacio, acostado en su lecho, y sentada á la cabecera de él, á la princesa Partanna, hermosa siciliana á quien amaba hacia mucho tiempo, y con la cual, como otra Maintenon, se habia casado despues de la muerte de la reina. El general besó respetuosamente la mano que le presentó el rey, segun la etiqueta de las cortes españolas. «Ahora al fin, le dijo Pepe, reina V. M. en el corazon de todos.—Espero, le respondió el rey con cierta inquietud, que te conducirás como hombre de honor.» El duque de Calabria quiso disculpar al general constitucional á los ojos de su padre, explicándole que no habia ido á reunirse con los insurgentes de Avelino, sino



después de haber recibido la noticia de que los ministros iban á arrestarle. Pepe declinó esta escusa con orgullo, y confesó al rey que hacia mucho tiempo abrigaba el pensamiento de provocar unas instituciones representativas, que meditaba los medios mas dignos y leales de hacerlas adoptar al rey de acuerdo con su pueblo, y que el acontecimiento de Avelino habia sido indudablemente precipitado é inesperado; pero que no por eso habria dejado él de proclamar en una forma mas regular é imponente la constitucion deseada por la nacion y el ejército. Aunque forzosamente, pareció establecerse la armonía entre el general y la corte; así es que el entusiasmo, contenido por el ejército y por sus gefes dentro de los límites del respeto á la corona, no produjo anarquía ni escesos en Nápoles. Las elecciones dieron al parlamento napolitano una mayoría de diputados liberales, pero prudentes, como los Ricciardi, los Poerio y los Borelli, publicistas, oradores, políticos eminentes, representantes moderados, pero firmes, de la opinion italiana. Este pueblo, dotado por la naturaleza de una aptitud universal, elevó su tribuna á la altura de las tribunas francesa y británica desde el primer dia de sus discusiones. Solo los carbonarios triunfantes embarazaron con sus exigencias y sus clamores la marcha de la nueva administracion. El rey juró solemnemente en la catedral mantener las instituciones conquistadas y llamó espontáneamente la venganza de Dios sobre sus canas, si violaba alguna vez su juramento. Pepe dejó su dictadura, y se ocupó esclusivamente en reconstituir el ejército aguerrido por Murat en los campos de batalla de la Europa. La Sicilia, siempre dispuesta á proclamar su independencia, á cada trastorno del poder de Nápoles, y el Austria, recelosa desde la señal dada desde Nápoles á la independencia de Italia, hacian doblemente necesario desplegar una cantidad de fuerza armada desproporcionada, así á la estension, como al carácter del reino. Roma fué la primera que fer-

mentó con la proximidad de aquel foco de revolucion; la Toscana, liberal y paternalmente gobernada por el joven Leopoldo, discípulo entonces adorado del primer Leopoldo, esperó sin impaciencia el curso de los acontecimientos; el Piamonte, eco siempre palpitante de la Francia y adversario ambicioso del Austria, sintió el sacudimiento de la revolucion napolitana, se inició en el carbonarismo hasta en el palacio del rey, y meditó en la aristocracia y en el ejército, mas que en el pueblo, una segunda esplosion al otro extremo de la Italia.

## XXIX.

Entretanto las córtes del Norte, atentas al progreso del espíritu liberal que ellas llamaban espíritu revolucionario, conmovidas por la humillacion de la monarquía en Madrid, consternadas por el asesinato de un príncipe en Francia, alarmadas por el contagio que se revelaba en Nápoles y en Turin, y temiendo que este contagio que habia atravesado los Pirineos y los Alpes, pasase pronto el Tirol y el Rhin, se concertaban para ahogar la libertad amenazadora en el triple foco que acababa de abrirse. La Rusia, la Prusia y el Austria llamaban á sus embajadores, cerraban sus fronteras á los de Nápoles y España, interrogando con severidad á esos gobiernos nuevos sobre la legitimidad de su origen y sobre la sinceridad de los reyes que los habian consentido. Bajo pretestos mal disimulados armaban y aproximaban á la Italia cuerpos de ejército que no aguardaban mas que el consentimiento de un congreso para intervenir en nombre del tratado de la Santa Alianza contra la independencia de los pueblos en revolucion. Obligada la Inglaterra á dar cuenta de la opinion por medio de la imprenta y de la tribuna, que le imponian el respeto, á lo menos aparente, á las voluntades nacionales, no podia entrar ostensible-



mente en aquella liga ofensiva de los reyes. Empero sus embajadores, sirviendo en secreto las intenciones declaradas de su ministerio, animado todavía con el espíritu de un gran hombre de estado, Guillermo Pitt, manifestaban en todas partes su antipatía contra las emancipaciones revolucionarias de las dos penínsulas, y se esforzaban sino á combatir de frente á lo menos á hacer abortar aquellas revoluciones. Temían tambien que la analogía de las instituciones y la solidaridad de vecindad diesen á la Francia demasiado ascendiente sobre la Italia. La Francia por su parte se hallaba á consecuencia de esos acontecimientos esteriorenses en una contradicción manifiesta entre sus intereses materiales y sus intereses dinásticos, que daba á sus hábitos y á sus pensamientos una ambigüedad fatal. Potencia constitucional no podía con decencia atacar el espíritu constitucional por medio de una intervención hostil entre sus vecinos que querían ser libres á su imagen; dinastía contrarrevolucionaria no podía ver sin espanto á la revolución minar sus tres tronos de familia en Madrid, Nápoles y Turin, y por último, monarquía representativa desde la inauguración de su Carta, no podía pedir en alta voz á una cámara representativa los gastos de la guerra contra el principio de la representación de los pueblos. De aquí procedía en su diplomacia tanto en Nápoles como en Madrid una dirección doble y forzosamente contradictoria que convertía á su gobierno alternativamente en esperanza de los pueblos ó en aliado de las cortes. En ninguna parte era mas palpable esta contradicción que en Nápoles y en Italia. El duque de Narbona, embajador de Luis XVIII, cerca de la corte de las Dos Sicilias, y el cual bajo de una estremada modestia ocultaba un gran criterio y pensamientos muy elevados, se había imbuido, aunque emigrado en Inglaterra, en el espíritu liberal del rey y en la necesidad que tenía la casa de Borbon en rejuvenecerse por medio de una alianza sincera con los intereses nuevos en Francia y en

Europa. Diéronse, pues, prisa á llamarle de Nápoles para dejar las negociaciones en las manos de Mr. de Fontenoy, hombre mas jóven, menos elevado en su dignidad y á quien por lo tanto era mas fácil desaprobárlo que hiciera en caso necesario. Aunque adicto Mr. de Fontenoy por simpatía y convencimiento á la restauración, era uno de esos hombres libres de preocupaciones que no valen para adular sino para servir. Nadie comprendía mejor que él ni hacia comprender mejor á las Tullerías en sus despachos la necesidad que la Francia constitucional tenía de popularizarse en Italia, haciéndose, no el auxiliar de las revoluciones, sino el árbitro respetable y obedecido entre las revoluciones y los tronos, y sobre todo el antagonista del Austria. A este precio solamente creía Mr. de Fontenoy que la Francia podría contrarrestar el poder y el influjo del Austria allende los Alpes y el influjo y el poder de la Inglaterra allende los Pirineos, y en este supuesto aconsejaba á los constitucionales de Nápoles la moderación, al rey Fernando la condescendencia, y al ministerio francés la resistencia á las intimaciones del Norte y el arbitraje atrevidamente afectado por la Francia bajo el doble título de potencia constitucional y de dinastía borbónica entre la Italia y el Austria. Gozaba de gran crédito en la Alta Italia sobre las cortes y sobre los liberales á la vez. Rectificar la constitución incompleta de las Cortes y tomar bajo la protección de la Francia la independencia de la Italia, tal era la diplomacia de Mr. de Fontenoy y de su legación (1).

## XXX.

Mr. Pasquier era á la sazón ministro de Negocios extranjeros. Hombre de circunstancias, capaz de identifí-

(1) El autor de esta historia estaba entonces agregado á la legación de Mr. de Fontenoy en Nápoles, y participaba de las opiniones de aquel diplomático.



carse con todas las causas, aquel ministro inspiraba los mismos pensamientos que Mr. de Fontenoy á nuestra política en España y en Italia; pero mientras que Mr. Pasquier daba en Nápoles las instrucciones mas prudentes en el sentido de aquellas ideas de moderacion y de arbitraje francés, el duque de Blacas, embajador de Roma, y revestido de una autoridad general sobre los negociadores de rango menos elevado que el suyo, dirigia á Nápoles instrucciones contrarias y direcciones opuestas á las del ministro oficial. Mr. de Blacas no veia mas salvacion para la monarquía de su soberano que una guerra declarada á todo espíritu de emancipacion liberal en las córtes de Italia, y la alianza franca é inmediata con el Austria contra toda independendencia y toda libertad en la península; dispuesto á abandonar aquellas potencias al Austria, con tal que esta refrenase allí las revoluciones. Esta misma lucha intestina entre los dos hombres que se disputaban la opinion y el gobierno, existia en París y se presentaba cada vez con mas animosidad en las Cámaras y en la imprenta. La reunion de los soberanos del Norte en Troppau, ciudad limitrofe de la Polonia, para acordar allí las resoluciones comunes y premeditar un acto de la Santa Alianza tan grata á Alejandro, servia de testo á las recriminaciones de los dos partidos. En los momentos en que el Austria, por órgano de Metternich, se esforzaba en convencer al emperador de Rusia de la necesidad, dudosa todavia para él, de intervenir por medio de las armas, vino á asombrar á Alejandro la rebelion militar de uno de los regimientos de la guarnicion de San Petersburgo y á convencerle del peligro de los reyes por el que él mismo habia corrido. Los tres soberanos se convinieron en obrar mancomunadamente y con energía contra los progresos de la revolucion en Italia y en España. Durante algunas semanas estuvieron separados para reunirse de nuevo en congreso general en Laybach, desde donde invitaron al anciano

rey de Nápoles Fernando á que se trasladase á dicho punto, único modo de atestiguar su libertad ó su cautiverio con su presencia ó su ausencia. Despues de largas agitaciones del pueblo y borrascosas disensiones del parlamento napolitano, obtuvo aquel príncipe, á fuerza de hacer juramentos á su pueblo, la libertad de pasar como negociador soberano al congreso de las potencias. Embarcóse al fin en un buque de guerra, que al dia siguiente fué arrojado por la tempestad sobre las costas, y partió haciendo nuevos juramentos y llevando nuevas retractaciones en el corazon.

## XXXI.

El partido liberal de la Cámara manifestaba por medio de sus discursos la indignacion que le causaba aquella conspiracion á cara descubierta de los soberanos absolutos en las reuniones, como la de Troppau, ó en los congresos, como el de Laybach, contra la independendencia de los pueblos, y presentaba á la Francia, víctima ó cómplice, cooperando á su propio aniquilamiento; el espíritu público, siempre mas sensible en una nacion belicosa á las humillaciones de fuera que á las opresiones interiores, se enconaba contra las Córtes y contra los ministros. Por su parte los realistas exaltados perdian la paciencia y reconvenian á los ministros Richelieu y Pasquier por lo mucho que contemplaban á las revoluciones. En la misma tribuna eran objeto de censura y amargas intimaciones los hombres contemporizadores que inspiraban mas confianza á aquel partido y que habian entrado en el consejo sin cartera, como garantes de una administracion realista, tales como los señores Villele, Corbiere y Lainé. El general Donnadieu y los señores La Bourdonnaie y Lalot daban la señal de una escision entre exaltados y



moderados, que amenazaba á Mr. de Richelieu con una caída próxima. Estos dos partidos se dirigian por encima de las cabezas de los ministros injurias y amenazas que parecian preludiar las guerras civiles. La España y la Italia eran el testigo de aquellas mútuas provocaciones. El general Foy, La Fayette, Benjamin Constant, Casimiro Perier, de Lameth, Manuel, Laffite y Girardin rivalizaban en elocuencia y cólera con Mr. de Serre, Vaublanc, La Bourdonnaie y Donnadieu. Mr. Pasquier, tan hábil en adormecer aquellos debates con discursos que no daban la victoria á nadie, pero que no desesperaban á ninguno de los dos partidos, satisfacía sin embargo en secreto á la córte enviando al congreso de Laybach negociadores del agrado de la Santa Alianza, tales como Blancas, Caraman y La Ferronays. En este congreso la Francia, fluctuando entre la Inglaterra y la Rusia, se declaró neutral; pero al retirarse de la accion, entregaba en realidad la Italia al Austria. Sesenta mil hombres, mandados por el general Fremont, marchaban ya sobre Roma y Nápoles por la Toscana, avanzando con ellos el anciano rey Fernando para recuperar su corona. ¿Qué podía contra la Europa entera una potencia desalentada de antemano por el abandono de todos sus aliados naturales? En vano el general Pepe condujo al ejército napolitano á los desfiladeros de Introdocco para salvar á lo menos el honor nacional por medio de una lucha desesperada, pero gloriosa. La revolucion napolitana sucumbió sin haber combatido. Pepe, abandonado de sus tropas al primer cañonazo, no pudo reunir un solo regimiento hasta Nápoles, y se vió al fin en la necesidad de partir para un largo destierro, al que la defensa heroica de Venecia debia ilustrar en su vejez. ¡Soldado digno de otra fortuna, vendido por su pueblo y por su tiempo!

## XXXII.

Por una inteligencia mal calculada ó por una casualidad igualmente funesta á la causa italiana, proclamaba Turin la Constitucion española en el momento mismo en que la Europa la declaraba incompatible con la existencia de las monarquías, y en que los austriacos triunfaban en Nápoles. El rey de Cerdeña, Victor Manuel, príncipe mas digno del trono porque colocaba encima de él el honor, se negó á ratificar una revolucion de cuartel y de palacio que le mandaba violar sus compromisos para con las potencias y sus propias convicciones, y abdicó en favor de su hermano ausente. El príncipe de Carrián, heredero inmediato de la corona, que habia fomentado aquella revolucion con la jóven nobleza de su córte y que debia perecer un dia víctima de ambiciones mas vastas que su imperio, se invistió de la regencia y animó la revolucion que le tomaba por gefe; pero tan versátil al obrar como temerario habia sido en la conjuracion, él mismo desconcertó á los pocos dias toda resistencia á las fuerzas austriacas, abandonando de noche la capital á la cabeza de los guardias de corps y marchando á ponerse con la mitad del ejército bajo las órdenes del general austriaco. Habíase manejado como niño imprudente, asi en el palacio como en la rebelion, y por lo tanto era perjudicial á los dos partidos por su inconsecuencia, sirviendo tan pronto á la conjuracion de instrumento contra el trono, como al trono contra la conjuracion, entregando á sus amigos, despues de haber entregado su dinastía, y dejando á la opinion incapaz de fallar si habia sido mas pueril que conspirador y mas cómplice de la corona que de la revolucion. Su defeccion quitó las esperanzas; pero no el valor á sus amigos; Santa Rosa,



Collegno, Saint-Marsan y otros jóvenes gefes de la nobleza militar y patriótica de Turin, intentaron un ataque en Novara contra los austriacos; pero la presencia del príncipe de Cariñan en las filas de sus enemigos y la masa de las fuerzas de Bubna que habia acudido desde Milan, frustraron su heroismo, y no pudieron hacer otra cosa que sellar con su sangre la causa de la Constitucion y de la patria. El rey de Cerdeña volvió á Turin, y los gefes constitucionales presos ó proscritos, espieron su temeridad en las fortalezas ó en los destierros. El príncipe de Cariñan, mal perdonado por el rey su tío, fué á pasear á las córtes estrangeras, y mas adelante entre las filas de nuestros soldados en España, la ambigüedad de su papel, y rescató por medio de su ostensible arrepentimiento el derecho de reinar.

## XXXIII.

La neutralidad equívoca que hasta entonces habia guardado el ministerio entre los dos partidos de la asamblea en las negociaciones, la irritacion del partido liberal, acrecentada con los sucesos de Turin y de Nápoles, los apóstrofes de la derecha reconviniendo á los ministros, los manejos de aquel consejo oculto del conde de Arlois, que se hacia mas exigente en proporcion de las concesiones que se le habian hecho, y en fin, la certidumbre de ejercer alguna influencia en el corazon del rey por medio de su querida favorita Mad. de Cayla, decidieron á Mr. de Villele á retirarse del consejo, donde cargaba con la responsabilidad sin llevar su direccion. Aquel papel secundario é ingrato de negociador perpétuo entre el partido realista y el gobierno, le parecia con razon desproporcionado á su importancia política. En su retirada arrastró á Mr. de Corbiere, satélite difícil, pero fiel

de su política. Abandonado á sí mismo de este modo el ministerio se sintió débil y vacilante. El duque de Richelieu, instruido de las intrigas de córte que comenzaban á urdirse contra él entre los allegados del hermano del rey, le pidió una audiencia y le reconvino con respeto, pero con energía, de haber olvidado la palabra que le habia dado á *fé de caballero* de no permitir que sus amigos molestasen al ministro. El príncipe se disculpó con las dificultades que hallaba para contener á los realistas descontentos. En efecto las conspiraciones civiles y militares, mal estinguidas con la sangre de los primeros conjurados del último complot, inspiraban á la córte y á los realistas de las dos Cámaras temores que los hacian mas exigentes, pues sentian minado el suelo debajo del trono.

El carbonarismo italiano fraguaba hasta mas acá de los Alpes conjuraciones que se echaban en cara los ministros. Estas conjuraciones, confesadas despues como un título de gloria por los gefes, que entonces las repudiaban como calumnia, tenian su centro en París, y sus ramificaciones en las provincias militares. El 20 de marzo, Nápoles, España y el Piamonte habian enseñado á los conspiradores que la corrupcion de la fidelidad de los ejércitos era el desarme mas pronto y seguro del poder, y por lo tanto los carbonarios franceses conocieron que donde mas les importaba concentrar las asociaciones secretas y preparar las insurrecciones era en los puntos mas próximos á las grandes escuelas militares y á las grandes reuniones de tropas. En Nantes y en Saumur se organizaron juntas que se pusieron en correspondencia con la central de París. Esta, formada poco mas ó menos de los mismos hombres que el comité director ya entrevisto en las conjuraciones precedentes, contaba entre sus principales iniciados á los Corcelles, Kæchlin, Schonen, Merilhou, Bucher, Bazard y Arnold Scheffer. Su presidente era La Fayette; y este nombre pronunciado en voz baja en los regimientos, en las escuelas y en los talleres,



autorizaba, acreditaba é ilustraba aquellas conjuraciones. Infatigable é intrépido, entregaba su persona, su familia, y hasta su vida, por servir á la revolucion, con tal que ella le asegurase su memoria. Sostenia inteligencias con Befort y con Saumur, preparándose á tomar nuevamente en caso de necesidad, á la cabeza del ejército, el papel que habia desempeñado en otro tiempo al frente de la guardia nacional: constancia que no habian podido quebrantar treinta años de desengaños y de cautiverio.

Los carbonaristas franceses, del mismo modo que los de las Calabrias, no se entendian mas que en su odio comun contra los Borbones, pues los militares viejos esperaban hacer salir de la revolucion un tercer reinado de Napoleon, llamado desde la isla de Santa Elena; los jóvenes á Napoleon II arrancado de Schœnbrunn; estos al duque de Orleans, y aquellos á la república, y La Fayette la gloria y el arbitraje decisivo entre todos aquellos partidos.

## XXXIV.

Un rumor inmenso interrumpió por un instante aquellas tramas y suspendió la respiracion de la Francia: Napoleon acababa de morir. Detengámonos tambien nosotros un momento para contar esa muerte, como la Europa se detuvo entonces para escuchar la relacion de ella. La vida política de Napoleon habia cesado el dia en que se embarcó en el navio inglés que le llevó á Santa Elena; pero la vida moral habia sobrevivido en él como para dejar al actor bajar de la escena despues del drama y presentarse en espectáculo á la historia y en conversacion consigo mismo. La Providencia le habia concedido para colmar todos sus favores el último que puede otorgar á un hombre grande, el de tener un intervalo de paz entre su vida y su muerte, recogerse en la satisfaccion y en el

arrepentimiento de sus actos y gozar en esa lontananza que da su verdadera perspectiva á las cosas humanas, con las miradas, con el asombro y la compasion de la posteridad. Ni Alejandro, ni César obtuvieron de su fortuna ese don de los dioses. El uno murió en la fiebre de la juventud y en el vértigo de la prosperidad; el otro cayó acribillado de veinte y siete puñaladas, teniendo apenas tiempo para reconocer la mano de los asesinos, ó la justicia de los dioses. Napoleon vió despacio y desde lejos las dos fases de su destino; oyó prolongarse hasta la saciedad el eco de su nombre, y descendió paso á paso, viendo crecer su sombra detras de él, la pendiente occidental de su vida. Hombres ligeros han sentido por él que no hubiese desaparecido como Rómulo en una tempestad, cuando se hallaba en el apogeo de su gloria y de su poder, y han llamado desgracia y decadencia á su cautiverio y relegacion lejos de la escena que habia llenado con su fama; nosotros la llamamos su última felicidad, porque tuvo como Diocleciano en el jardin de Salona, ó como Carlos V en el monasterio de Yuste, esos años de crepúsculo que permiten al pensamiento, turbado por la accion, depositar el limo de la vida antes de deslizarse en la eternidad, y preparar el alma, por el juicio que hace de sí misma, para el juicio del porvenir y para el juicio de Dios. Tuvo ademas esas adversidades brillantes y esas espiacones amargas que dan satisfaccion á la envidia y hacen mas suave por medio de la compasion el fallo de la posteridad. Compadezcan en buen hora los insensatos semejante muerte; los hombres religiosos de todos los cultos y los hombres que tengan en el alma el instinto de la verdadera gloria en todos los siglos reconocerán en esa suerte un favor del cielo.



Lo único que hay que deplorar para su memoria y para la dignidad del infortunio es lo poco que aprovechó Napoleón ese favor de las razas predestinadas. Acostumbrado demasiado joven á una constante y maravillosa complacencia de la prosperidad, soportó la desgracia, demasiado rara para él, con más aparato que verdadera grandeza de alma. Disputó con la adversidad, como si hubiese sido una ofensa de los hombres, en vez de reconocerla y resignarse á ella como á una soberanía clemente de Dios. No tuvo ni el desprendimiento voluntario y filosófico de Diocleciano, ni la abnegación solitaria y piadosa de Carlos V. Vencido, jamás sometido, disputando á la suerte sus últimas migajas, raras veces hombre, siempre emperador, aun después de habersele escapado el imperio, se olvidó demasiado de que lo que hay de más grande en el hombre grande, no es el imperio, sino la naturaleza. De este modo podía dar margen á que pensarán los filósofos que sino hubiera sido dueño del mundo por las circunstancias y por el genio, hubiera podido ser una alma ordinaria en las condiciones privadas de la existencia. No separó bastante su fortuna de sí mismo, y se confundió perpétuamente con su papel.

Ese monólogo de seis años que dirigió al mundo desde lo alto de su roca, y del cual registraron sus cortesanos hasta las menores palabras para transmitir las á sus seides como un evangelio de partido, no fué más que una larga nota diplomática sin buena fé, dirigida á sus partidarios, y en la cual se hablaba alternativamente el lenguaje de todas las facciones que quería nutrir con su memoria, en lugar de ser la expansión desinteresada, sincera y religiosa de un alma que se lega con sus gran-

dezas, sus debilidades, sus verdades y sus arrepentimientos al mundo. El libro que contiene este monólogo, *El Memorial de Santa Elena*, no es más que el protocolo de una política caída que quiere justificarse por medio de sofismas, y el martirologio de una ambición que se ceba todavía en las etiquetas y en los títulos, cuando no puede ya retener al universo. Ese libro, que entusiasmó por un momento á la Europa, bien hubiese sido dictado por Napoleón, ó inspirado por un deseo inhabil de popularizar su causa después de él, fué una desgracia para el hombre grande, á quien disminuye queriendo exagerarlo. La sinceridad hubiera sido muy sublime, y hasta el silencio más respetuoso y solemne. Cuando se quiere legar una grandeza colosal á la admiración de la posteridad, no basta ser un coloso, es menester además que la mano que la trasmite al mundo, tenga el compás bastante abierto para medirla. Ninguno de los servidores fieles que ilustraron su nombre por el destierro que sufrieron con el soberano caído, tenía esa medida. Un Quinto Curcio faltó á ese Alejandro. Solo Napoleón podía escribir á Napoleón. El lo intentó en algunas páginas, y estas son de bronce y de granito como sus monumentos: héroe de estilo como lo era de acción. Las de Las Cases son de un camarero, serviles como la domesticidad, ciegas como la adhesión y honrosas solamente por su corazón, porque en él es la adhesión desinteresada á la desgracia y la ceguera piadosa del entusiasmo.

Durante la larga navegación que hizo Napoleón á bordo del *Northumberland*, que le trasladó á la isla de Santa Elena, supo conquistarse por el ascendiente de su nombre, por el contraste entre su poder pasado y su cau-



tiverio presente, así como por la libertad tranquila de su actitud, la admiración de la tripulación inglesa, porque los soldados aman al soldado hasta en sus enemigos, y los mismos carceleros son accesibles al resplandor de la fama y de la grandeza que traspira del cautivo. Un nombre grande es una magestad universal. El vencido reinaba sobre los vencedores. Sus largas horas sobre el Océano las pasó en un reposo que parecía descansarle de sí mismo, y el cual se asemejaba á la indiferencia mas que al abatimiento. Sus largos sueños, las lecturas sin objeto, las comidas con el almirante y su estado mayor, los juegos de reflexion y de cálculo, las pláticas con los oficiales y los marineros, los espectáculos del mar y del cielo, las premeditaciones sobre la situación de su destierro y las ocupaciones que en él habia de tener, algunas rápidas revistas á las últimas vicisitudes de la Europa, que parecían estar ya á una distancia verdaderamente filosófica de él, como por la distancia de las olas que cada día le separaban mas de ellas, llenaron aquellos dos meses de su travesía. Aun no sentía en su corazón el vacío que dejaba en él la pérdida del mundo. Para que se abra este vacío en el alma y pueda experimentar su nada, se necesita mucho tiempo, porque en los primeros días está todavía llena la sombra de lo que ha poseído largo tiempo. La realidad no es jamás sino una impresión del día siguiente. Napoleón no pareció sentirla sino desde el momento en que percibió al horizonte la isla árida, montañosa y negra que surgía en un Océano desierto delante de él. Sin embargo, arribó á ella con la precipitación y el anhelo convulsivo de un hombre impaciente de conocer la prision que se le destina y conjeturar la suerte que podrá proporcionarse en su ostracismo. Apenas puso el pie en la playa, montó á caballo, corrió al galope por los caminos que conducían á las cumbres de la isla, á fin de abrazarla de una sola mirada y escoger la residencia mas conforme á su pensamiento y á sus gustos. El aspec-

to de aquel monton de rocas volcánicas, cortadas por valles profundos, de pendientes selváticas y de casas rústicas, donde la afición que tienen los ingleses á la naturaleza, hacia reverdecer algunas vegetaciones nacientes, peñas peladas y otras tapizadas de brezos y alcornoques, un pequeño pueblo comerciante y un fuerte animado por los muchos buques que allí recalán en su travesía de la India á Europa; aquella isla, en fin, perdida en un mar inmenso y deslumbrador, frecuentemente poblado de velas, bajo un cielo ardiente, pero en un clima templado por la elevación y las nubes de las montañas, no le hizo la impresión siniestra que el tedio, el mal humor, la enfermedad y las quejas de sus compañeros de soledad, cambiaron mas adelante en imprecaciones contra aquella Córcega de otro Océano. Era tal el ansia que tenia de respirar el aire de las montañas, tal el deseo de alejarse de los lugares habitados por la multitud, y tan grande, en fin, su sed de soledad y de libertad de espíritu, que no quiso bajar ni aun por la noche al pueblo, y se estableció en una cabaña de recreo de una familia inglesa de la isla, llamada Balcombe, á donde hizo que le llevaran su cama y sus libros. Sus servidores se abrigaron debajo de una tienda de campaña. Allí vivió dos meses en un ocio que parecia refrescar su alma, repartiendo sus horas entre la lectura, el trabajo, escursiones á caballo y á pie por toda la isla, y con dulces y sabrosas pláticas con las familias de sus huéspedes. Mientras acampaba en aquella cabaña y debajo de aquellas tiendas, el gobierno inglés mandaba construirle una casa mas anchurosa y definitiva en *Longwood*, antigua quinta situada sobre un parage culminante, pero desnudo, que él mismo habia escogido. No tardó en establecerse allí con una numerosa comitiva de generales, amigos y criados, mugeres y niños que le acompañaban en aquel destierro. El mariscal de palacio Bertrand con su esposa é hijos, Mr. de Montholon y su esposa, el general



Gourgaut, el médico O' Meara, su primer ayuda de cámara Marchand, su mayordomo Cipriany, su cocinero Pierron, sus ayudas de cámara ordinarios Saint-Denys y Noverras, su ugiere de honor Santini, su joyero Rousseau, sus escuderos, picadores, lacayos, pinches de cocina y los criados de sus compañeros, formaban su casa. El gobierno inglés habia destinado para los gastos de mesa de aquella pequeña corte del destierro una suma de 300,000 francos al año, la cual se aumentaba frecuentemente con subsidios supletorios. Una biblioteca, caballos de montar, jardines, un bosque, ejercicios campesinos, comunicaciones libres y constantes á todas horas con los desterrados, correspondencias limitadas con la Europa, frecuentes audiencias dadas á los viajeros curiosos que descansaban en el puerto y solicitaban el favor de ser admitidos, tales eran las ocupaciones cotidianas en Longwood. Diferentes puestos de soldados mandados por un jefe de alta graduacion vigilaban el recinto del edificio y de los jardines. A cierta distancia de la casa, para no quitar la vista, habia establecido un campamento. Napoleon y los generales podian salir á pie ó á caballo desde el amanecer hasta la noche y recorrer las cumbres de la isla, y aun la isla entera, acompañados desde lejos por un oficial inglés encargado solamente de evitar toda tentativa de evasion. Tal era al principio el cautiverio respetuoso que Napoleon y sus compañeros de soledad llamaron el calabozo y el martirio de Santa Elena. En los primeros tiempos debió parecerle tolerable, pues lo dulcificaban los miramientos que con él guardaba el almirante gobernador de la isla y la admiracion de los viajeros que le visitaban. Las mañanas se empleaban en dulces pláticas entre el emperador y sus amigos, en la lectura de los periódicos llegados de Europa, en dictar Napoleon á Bertrand y á Montholon algunas de sus campañas, notas épicas del poema de su vida, comparables á las de César, por la amplitud de la narracion, y á Tácito por la

seguridad y profundidad del sentido político. El historiador en estas notas es igual al poeta, el poeta al político, el político al general. El historiador, el poeta, el político y el general no son en ellas mas que un solo hombre, y este hombre es Napoleon. Las horas ociosas del resto del día se invertian en estaciones debajo de una tienda levantada en los jardines, en paseos á caballo por el bosque, en pláticas familiares al rededor de la lámpara de la noche, en hablar del pasado y de la patria, y en formar conjeturas y esperanzas de otro porvenir.

## XXXVII.

El alma activa se cansa del reposo mas que de la fatiga. La monotonia de aquella existencia sin otros sucesos que su pensamiento cansó pronto á Napoleon. Las divisiones, las rivalidades, el descontento y las murmuraciones de algunos de sus servidores le entristecieron y pusieron de mal humor. Sufria con ver padecer á los que le rodeaban. Además en Longwood hubo chismes como en el palacio de las Tullerías. El trato demasiado íntimo y frecuente produjo antipatías y agravios. Las almas lastimadas son mas sensibles, y la sensibilidad sobreescitada hace á los hombres injustos. El carácter de Napoleon, viciado por aquel malestar interior, se agrió y avivó contra su cautiverio, que le hacia importunos hasta á sus mismos amigos, convirtiendo en veneno la tolerancia y libertad de su residencia. Con una afectacion que sus aduladores llaman heróica, pero que la historia juzgará pueril, porque es un contrasentido en su fortuna, se obstinó en exigir los títulos de *emperador* y de *magestad*, que la Inglaterra, que jamás habia reconocido el imperio, no le debia oficialmente, y de esta ofensa de la etiqueta apeló á la tierra y al cielo, dictando notas sobre aquella